



DE LOS VALORES DE LA INDUSTRIA A LOS VALORES DE LA NACIÓN

Miguel Tinker Salas: *The enduring legacy: oil, culture, and society in Venezuela* (El legado perdurable: petróleo, cultura y sociedad en Venezuela). Durham: Duke University Press. 2009.

TOMÁS STRAKA / profesor de la Universidad Católica Andrés Bello.

José —el nombre es ficticio, pero su caso es real— no recuperó el sueño hasta mucho después. Tendría alrededor de siete años cuando el 25 de septiembre de 2003 un contingente de la Guardia Nacional irrumpió en el campo de Los Semerucos, en Cardón, estado Falcón. El contingente tenía el orden de desalojar a las familias de los empleados de Petróleos de Venezuela (Pdvsa) que participaron en el paro concluido ocho meses atrás. Aunque despedidos, como la mayor parte de quienes se acogieron al cese de operaciones convocado por Gente del Petróleo y otros sectores que adversaban al entonces incipiente régimen de Hugo Chávez Frías, se negaban a abandonar las viviendas que la empresa les había provisto. No hubo contemplación. Fue una madrugada de perdigones y bombas lacrimógenas, de gritos y llantos.

Muchos no se recuperaron del trauma sino después de largas terapias y del bálsamo que siempre constituyen los años. Otros no se han podido recuperar. A casi diez años del hecho, Gente del Petróleo y sectores de la oposición siguen presentando el hecho como una violación flagrante a los derechos humanos. Otros, sin embargo, desde afuera de la urbanización y desde la otra acera política e ideológica piensan muy distinto. Incluso, es probable que tal vez fueron tantos los que aplaudieron aquella operación de la Guardia, como una vindicta histórica, como los que lloraron al perder sus casas. Hoy José es un adolescente, con su vida rehecha en el exterior, pero los problemas sociales y culturales que están en la raíz del acontecimiento que le cambió el destino no solo se mantienen vigentes sino que reclaman, con más urgencia que nunca, un estudio sosegado e imparcial. Son problemas que trascienden la coyuntura política que lo arrojó de su casa y de su país, y que marcan la honda dicotomía social expresada entre aquellos petroleros desalojados y los que aupaban su expulsión. Entender a ambos grupos

es entender a la Venezuela que existió durante el último siglo y la que en gran medida sigue existiendo hoy.

El caso de José y Los Semerucos vino a mi memoria mientras leía el libro de Miguel Tinker Salas, *The enduring legacy*. Tinker Salas se enfrenta a estos problemas fundamentales de la vida venezolana con la abundante documentación y el acerado aparato crítico de quien tiene años ejerciendo el oficio de historiador. Apenas roza los acontecimientos de 2002 y 2003. Su trabajo se centra en los inicios de la industria petrolera y la cultura que genera en torno suyo, pero no por eso deja de tener, como corresponde a toda obra historiográfica, la mira en la actualidad. De hecho, su punto de partida es la polarización que se ha manifestado en el país desde la llegada de Chávez al poder y que «puede deberse en parte a visiones muy diferentes de la nación y de la sociedad desarrolladas a partir de la prolongada experiencia con la industria petrolera» (p. 1, la traducción es nuestra, como en todos los casos que siguen). Rastrear históricamente esas visiones es el objetivo que se planteó en su investigación:

El argumento básico de este libro consiste en que la industria petrolera en Venezuela no funcionó como una avanzada aislada de la economía de exportación. Más bien tuvo una influencia general en la formación de valores sociales y políticos, como se evidencia entre los obreros petroleros, los intelectuales y miembros de las clases medias. Los complejos residenciales de la industria fueron un laboratorio social donde las compañías promovieron sus prácticas laborales, nociones de ciudadanía y una visión del mundo que favoreciera sus operaciones en Venezuela (p. xiii).

El tipo de relación —y de adhesión— de los venezolanos con esos valores y la manera en que esa relación

con las compañías transnacionales —y después con su heredera, Pdvsa— les hizo (y les hace) sentir triunfadores o perdedores, explican en buena medida el bando que tomaron frente a los desalojados o a los guardias nacionales en Los Semerucos, y en general frente a lo que Chávez o la Gente del Petróleo significan como visión y como proyecto de país. Pocas veces un análisis de los documentos y las decisiones de unas empresas se ha mostrado tan importante para entender toda una sociedad.

Cuando la Gente del Petróleo se presentó como una «clase eficiente que estaba siendo atacada por una clase política populista e ineficiente» en la que Pdvsa «representa la modernidad y la prosperidad, y el gobierno representa la ineficiencia» (p. 233), puede apreciarse cómo una cultura empresarial revela su dimensión sociopolítica, es decir, el universo axiológico y el modelo social que encierra. La Gente del Petróleo expresaba una autopercepción que las compañías petroleras sembraron desde sus inicios, que se mantuvo después de la nacionalización y que se afianzó en la década de 1990, cuando la estatal, en defensa de sus valores corporativos, se hizo progresivamente más autónoma de un Estado en crisis y, la verdad, cada vez más ineficiente (muchos llegaron a hablar de un «Estado dentro del Estado»). El mismo nombre de Gente del Petróleo insinúa un sector segregado y en alguna medida superior al resto de la sociedad (o al menos sentido así por sus adversarios). Es un fenómeno cuyo análisis requiere mucho cuidado, debido a que todavía estamos en un contexto en el que cualquier cosa que se diga puede ser usada —y desvirtuada— en la diatriba política, pero que no por eso se debe rehuir.

Comencemos con lo referente a la eficiencia y modernidad. Tinker Salas muestra cómo las compañías establecieron «un nuevo concepto de tiempo y una nueva ética laboral» en los cuales la «disciplina y la productividad fueron una preocupación central» (p. 95). Tan

reseña

temprano como en 1915, la Venezuela Oil Concessions (posteriormente adquirida por la Shell) estableció un conjunto de reglas para sus trabajadores que a un mismo tiempo muestran cuáles eran las prácticas comunes del venezolano que migraba de sus conucos a la costa del Lago de Maracaibo buscando el sueño petrolero, así como lo que representaban las compañías como portadoras de los valores del capitalismo moderno. En un documento precisaron las conductas que debían fomentar en los obreros venezolanos: ser puntuales en la hora de entrada, no abandonar el trabajo sin autorización, no ser descuidados en la ejecución del trabajo, no desobedecer, no practicar juegos de envite y azar en las horas de trabajo, no emborracharse durante el trabajo, no cometer raterías (p. 95). Con el tiempo, esta cultura empresarial se extendió hacia un diseño global de sociedad, el del capitalismo moderno, que hoy, enfrentado al propuesto por el socialismo bolivariano, adquiere una nitidez política que en un primer momento no era tan fácil de percibir.

Cuando se inició la venezolanización de la industria en respuesta a las presiones nacionalistas en la década de 1940, políticas como las de la Venezuela Oil Concessions se hicieron urgentes. Era perentorio formar unos venezolanos imbuidos en los valores de las empresas. Hasta el momento los campamentos petroleros habían funcionado como enclaves extranjeros en el país en los que la segregación racial estaba muy marcada y en donde los venezolanos desempeñaban un papel muy subordinado cuando no marginal. Pero con las reglas que paulatinamente se fueron imponiendo, esto estaba por cambiar. ¿Cómo convertir a esos campamentos en comunidades venezolanas que al mismo tiempo siguieran trabajando igual? ¿Cómo acercar al país a los valores que en ellos imperaban?

Tal vez uno de los capítulos más reveladores del trabajo de Tinker Salas

es el dedicado a las tensiones que se desarrollaron entre la base de peones venezolanos, que por sus capacidades técnicas estaban en lo más bajo del organigrama (y de la escala salarial), y un conjunto de inmigrantes que invariablemente estaba por encima de ellos: antillanos que tenían la virtud de hablar inglés (y de llegar a la hora), chinos dedicados a labores domésticas, obreros mexicanos y, por supuesto, técnicos y administradores estadounidenses y en menor medida ingleses y holandeses (Capítulo 4: «Petróleo, raza, trabajo y nacionalismo», pp. 107-141). Esto, naturalmente, produjo respuestas nacionalistas por parte de las élites, aunque no siempre exentas de otras motivaciones embozadas, como el racismo en el caso de la prohibición de

masculinos, solteros y con dinero en el bolsillo: todo un paquete atractivísimo para la prostitución, el juego y el alcohol— y los insertaron en la ética capitalista de la superación personal por el ahorro, el trabajo y el estudio. La revisión que Tinker Salas hace de las publicaciones de las empresas —en especial la *Revista Shell* y *El Farol*— evidencia hasta qué punto fue una preocupación presentar historias de éxito de empleados que, después de muchos años, habían ascendido en la empresa y en general en la escala social. Ellos debían convertirse —y para muchos en efecto se convirtieron— en los modelos.

Pero hay más: ellos también podían convertirse en defensores nacionales de las empresas en un clima de creciente nacionalismo y, a partir de la Guerra

La Creole hizo grandes inversiones llevando a capataces y gerentes venezolanos a Estados Unidos para que conocieran las casas matrices, visitaran fábricas y «ranchos», asistieran a juegos de las Grandes Ligas y finalmente volvieran comprometidos con el *american way of life*

la entrada de antillanos que se decreta a inicios de la década de 1930, temidos fundamentalmente por negros; o el anticomunismo, como en la proscripción de la entrada de mexicanos, de quienes se desconfiaba por sus posibles ideas revolucionarias.

Así, los venezolanos empezaron a avanzar en el control de su industria. Un primer paso fue la conquista de un número cada vez mayor de plazas para los nacionales. Miembros de las clases medias lograron incorporarse como personal subalterno y poco a poco ascendieron a posiciones técnicas y gerenciales superiores. Para ellos, las empresas hicieron un gran esfuerzo *moralizador* promoviendo actividades deportivas que alejaran de los vicios —un gran problema en los primeros años, cuando los campamentos estaban constituidos fundamentalmente por migrantes

Fría, de enfrentamiento con la subversión de izquierda. De modo que lo hecho por los departamentos de Recursos Humanos y Relaciones Públicas debe verse en un contexto mayor. Como escribió el embajador de Estados Unidos al Departamento de Estado en 1955, Venezuela era «el salón de exposiciones en América Latina del sistema de Estados Unidos» (p. 222). En los campamentos petroleros se establecieron patrones de consumo y formas de sociabilidad que reproducían los norteamericanos, con sus casas con jardines, comisariatos que reproducían supermercados y celebraciones de Halloween y Acción de Gracias (que Tinker Salas documenta con abundancia). En 1945, un teniente de la marina estadounidense describiría a Caripito en 1945 como un «puesto de avanzada estadounidense en lo profundo de la selva venezolana» (p. 155). De algún modo,



INTERNET Y LOS NEGOCIOS

MANUAL PARA APROVECHAR LAS VENTAJAS DE INTERNET EN SU EMPRESA

CARLOS JIMÉNEZ



0212-555.42.63 / 44.60
edies@iesa.edu.ve

Internet no es el futuro, es el presente de los negocios. No obstante, las empresas han estado rezagadas en su aprovechamiento de internet y se han mostrado extremadamente cautelosas a la hora de invertir en los medios digitales. Las oportunidades existen; queda de parte de las empresas identificarlas y traducirlas en negocios concretos.

el proyecto era llevar el experimento al resto de la sociedad, cosa en la que se tuvo bastante éxito.

La Creole, por ejemplo, hizo grandes inversiones llevando a capataces y gerentes venezolanos a Estados Unidos para que conocieran las casas matrices, visitaran fábricas y «ranchos», asistieran a juegos de las Grandes Ligas y finalmente volvieran comprometidos con el *american way of life*. Ya en 1946 la misma empresa contrató a la empresa McCann Erickson para mejorar su imagen entre los venezolanos. Para ese fin se crearon programas de radio y televisión tan importantes como *El Observador Creole*, transmitido por Radio Caracas Televisión, y en sus publicaciones pusieron el mismo énfasis en confundirse con los intereses venezolanos, en tratar temas históricos, geográficos y antropológicos nacionales, con el concurso de las mejores plumas del país. Una línea importante de esta política fue la de presentarse como agentes del desarrollo y, por lo mismo, de todo lo bueno que había pasado en Venezuela durante los vertiginosos cambios que experimentó a mediados del siglo XX. Y aunque en esto no carecían de algo de razón, el conjunto de sus iniciativas se parece al de una especie de política colonial de occidentalización masiva, de formación de subordinados en el sentido de Homi K. Bhaba. De hecho, encajan bastante bien en una de sus formas más exitosas y difundidas del último siglo: la «americanización», que ya tanto hizo reflexionar a los intelectuales venezolanos, en especial los más conservadores y los de izquierda.

Aunque sería injusto acusar de insinceros a todos los gerentes estadounidenses, ingleses u holandeses que buenamente promovieron valores que sentían como superiores a los de los venezolanos comunes, capaces de redundar en su bienestar (como en efecto ocurrió en una multitud de casos), las evidencias sugieren que sin las presiones del Estado y la sociedad venezolanos —que en esto fueron muy exitosos— o la intensidad de contextos como los de la Segunda Guerra Mundial o la Guerra Fría, las empresas hubieran hecho pocas modificaciones, o ninguna, en las condiciones extremadamente ventajosas con las que obtuvieron sus concesiones a principios del siglo XX.

Frente al venezolano de a pie aparece, entonces, el petrolero (la «gente del petróleo»), que hace bien su trabajo, llega a la hora, es responsable, gana hasta tres o cuatro veces más y

manda sus hijos a la universidad, a veces en Estados Unidos. No siempre los resultados fueron tan idílicos, pero la imagen se difundió. Visto desde el socialismo, esto podría darle pábulo a las acusaciones que se hacen a la Gente del Petróleo y a la «Antigua Pdvsa» como descendientes directos de una tradición antinacional (por americanizada, por plegada a los intereses imperialistas), de una élite solo preocupada por salvaguardar sus privilegios y las ganancias de la empresa, incluso privatizarla si fuera necesario, de espaldas a los grandes intereses de la patria. Por su-

Sin las presiones del Estado y la sociedad venezolanos las empresas petroleras hubieran hecho pocas modificaciones, o ninguna, en las condiciones extremadamente ventajosas con las que obtuvieron sus concesiones a principios del siglo XX

puesto, estas acusaciones son producto de la diatriba política, tienen mucho de pasquín y aún necesitan, en el mejor de los casos, un estudio más detenido. Al mismo tiempo la Gente del Petróleo también tiene argumentos poderosos: es con la administración que evalúan como poco profesional de la «Nueva Pdvsa» y con las condiciones muy ventajosas en las que se vende petróleo a países aliados, como Cuba, con las que se están lesionando los intereses del país. En el fondo se trata de dos visiones de la historia contemporánea y de dos actitudes ante lo que debe ser el país y su modelo económico y social.

Sin inicialmente tomar partido por ninguna, lo descrito por Tinker Salas nos recuerda la tesis de Víctor Raúl Haya de la Torre de que el imperialismo es la primera etapa del capitalismo moderno en los países precapitalistas o industrialmente subdesarrollados (al contrario de Europa donde, según Lenin, era la fase superior y final). No es posible regatearle a las compañías todo lo que tuvieron de imperialistas y explotadoras en el primer momento, pero también es difícil quitarles el mérito de haber sido las primeras grandes promotoras de la cultura empresarial moderna, con todo lo que eso significa para el desarrollo nacional; así como el de haber dejado como herencia a unos cuadros técnicos y gerenciales sin los cuales el más grande logro del nacionalismo, el control estatal de la industria y su administración eficiente, no hubiera sido posible. De hecho, sin sus inversiones en infraestructura y sin los gerentes que formaron, tampoco hubiera sido posible la «nueva Pdvsa» cuya dis-

tancia real de la «antigua» aún está por determinarse. Por último, un desenlace más bien alentador de todo el proceso es que, al final, Venezuela ganó la partida y se quedó con la industria en 1975. Entonces, si ese es el balance, ¿por qué hay un sector tan amplio de venezolanos que apoya acciones como la de la Guardia Nacional en Los Semerucos?

La explicación excedería los espacios de esta nota, pero Tinker Salas muestra que la industria nunca empleó un porcentaje muy alto de la fuerza de trabajo. Eso quiere decir que los valores promovidos por las empresas nunca lle-

garon, por lo menos al principio, a vastos sectores de la sociedad venezolana, incluso después de la venezolanización y la subsecuente supresión de los carteles de «No pase» en las cercas de los campamentos. La «gente del petróleo» no dejó de ser vista como una minoría privilegiada y un poco extranjerizante, heredera de los musúes que en la década de 1930 establecían normas segregacionistas en los campos; gente que goza de sueldos muy superiores al promedio y vive en residencias de cuidados jardines inalcanzables para el resto de los venezolanos; gente que mira al resto por encima del hombro. Valdría la pena analizar cuánto de error e injusticia puede haber en todo esto, pero bástenos para delinear una hipótesis en torno a la dicotomía entre la Venezuela con los valores de la «Antigua Pdvsa» y la Venezuela que se opone en ella (cosa que, también, habría que ver hasta qué punto es realmente cierta).

Junto a ello hay otro aspecto que Tinker Salas aborda: un discurso de demonización del petróleo más o menos asociado con ciertas versiones del nacionalismo venezolano («excremento del diablo», el que «pudrió a Venezuela», agente del «antidesarrollo», el que «nos va a acabar como pueblo» por la transculturación, el agente del imperialismo yanqui), que traslucen algunas formas de rencor de quienes se vieron abrumados por los cambios.

El episodio de Los Semerucos revivió muchos parecidos en las décadas de 1910 y 1920 en los que poblaciones indígenas fueron expulsadas de sus tierras por las compañías (que no dudaban en ametrallarlas) o campesinos convertidos

reseña

en extraños dentro de sus propios territorios. La lucha por el subsuelo también lo fue por el suelo. Si un capítulo del libro *The enduring legacy* muestra la velocidad, y en ocasiones agresividad, de los cambios que desató la fiebre del petróleo es el tercero, «La búsqueda del oro negro» (pp. 39-72), que pinta la costa del Lago, en especial la Mene Grande posterior a 1914, conmovida por los exploradores, obreros y aventureros provenientes de todas partes en pos de la riqueza, de una manera tan vívida y conmovedora que recuerda a la llegada de la bananera a Macondo.

Es en esa búsqueda de riqueza donde vemos más claramente a los perdedores y ganadores iniciales; a los valores que se imponen y que a unos hacen triunfar mientras a otros les generan rencor. Por eso el libro de Tinker Salas es una lectura obligada para comprendernos como sociedad, en especial para hacerlo en la perspectiva de la hora actual. Puede servir de modelo para los investigadores, pues muestra el valor de un universo de fuentes testimoniales y documentales que no siempre son trajinadas, desde libros de cocina elaborados para las

esposas de los empleados extranjeros, desesperadas por no encontrar los productos de su dieta diaria en Venezuela, hasta multitud de memorias, periódicos, publicaciones de relaciones públicas de las empresas, nóminas, listas de precios, incluso un contrato colectivo.

Para quienes quieran adentrarse en la historia empresarial es también una

Los valores promovidos por las empresas petroleras nunca llegaron, por lo menos al principio, a vastos sectores de la sociedad venezolana, incluso después de la venezolanización y la subsecuente supresión de los carteles de «No pase» en las cercas de los campamentos

referencia. Aunque no se plantea a sí mismo como tal, pocas obras aportan tanta información sobre este tema en Venezuela, en especial sobre la llegada de las nuevas prácticas gerenciales al país y del impacto social que tuvieron (y siguen teniendo). Pero, más que eso, ofrece un gran cuadro de la sociedad y la cultura venezolanas tomando como eje al petróleo a lo largo de un siglo. Tinker Salas, además, es en buena medida testigo y protagonista del proceso que

estudia: nacido en Caripito, hijo de un empleado estadounidense de la Creole y una venezolana, conoció de cerca la dinámica de los campamentos antes de la nacionalización. Doctorado en historia por la Universidad de San Diego, en California, actualmente es profesor de Pomona College en Los Ángeles. Después de un largo periplo como activis-

ta político de la comunidad latina en California, ha dedicado la mayor parte de sus esfuerzos académicos al estudio de México y Venezuela, tanto en temas históricos como en el análisis político. Para quienes quieran saber más de su obra, así como para quienes quieran contemplar una importante colección de imágenes de la Venezuela petrolera de los años cincuenta al setenta, es recomendable que visiten su página: www.migueltinkersalas.com. 

Convierte tu idea de negocio
en una realidad
en tan solo 8 semanas

¡Haz tu Plan de Negocios!

- ✔ Desde la comodidad de tu casa u oficina, en el horario de tu preferencia
- ✔ Con el respaldo y apoyo de nuestra gran red de aliados
- ✔ Con la asesoría personalizada de un Mentor Emprende, certificado por el IESA

 **Emprende**
pon a andar tus ideas

